

deseos y justas exigencias del país; y aunque procurando arrojar la culpa sobre los conservadores, manifestó á su gobierno la necesidad de una intervención como único remedio á los males de los que no vivían de la política en Méjico. «Los recursos del gobierno,» decía en un despacho enviado á lord Russell con fecha doce de Mayo, «proviniedo de adelantos hechos por los particulares ó de bonos emitidos por sumas de consideración pagaderos al fin de la guerra, y de la venta actual de una gran parte de los bienes de la Iglesia, á veinticinco, veinte y hasta quince por ciento del valor que se les supone... Por los precedentes detalles comprenderá V. S. á primera vista la situación precaria de Méjico, y de que son inevitables su desmembración y la bancarrota nacional, si no hay alguna intervención extranjera.»

El ministro inglés Mr. Wyke que así como el enviado norteamericano D. Tomás Corwin, había llegado á Méjico á principios de Mayo y presentado sus credenciales al gobierno de D. Benito Juárez, le decía al suyo con fecha 27 del mismo Mayo: «Con arreglo al decreto expedido por el gobierno, hace algún tiempo, cualquiera que denunciaba una propiedad de la Iglesia, tenía derecho para comprarla bajo las condiciones siguientes: 60 por 100 del valor de las casas ó las tierras se pagaba con bonos de la deuda interior, que no valen realmente más que seis por ciento; y el cuarenta por ciento restante en pagarés á sesenta y hasta ochenta meses de término, cuyos pagarés se descontaron inmediatamente con enormes sacrificios, pagando *cualquiera* cantidad nominal para con-

»seguir el dinero que le hacía falta al gobierno: por este medio, solamente en la capital, se han disipado *veintisiete* millones de duros de bienes de la Iglesia, y el gobierno, que no tiene ahora un centavo en caja, está procurando contratar un empréstito de un millón de duros para cubrir sus gastos corrientes.

»El partido de la Iglesia, no está sometido todavía, y muchos de sus jefes están á seis leguas de la capital, á la cabeza de fuerzas que varían de cuatro á seis mil hombres. Uno de esos jefes es el famoso Márquez, que ha derrotado últimamente muchos cuerpos de tropas que el gobierno mandó contra él. La destrucción de las iglesias y de los conventos en todo el país, ha herido los sentimientos religiosos de una población fanática, y los frailes dispersados van soplando el

1861. »fuego del descontento, que lo alimentan
 Mayo. »las mujeres, que están todas en favor de la Iglesia: los que conocen bien el país, vigilan con ansiedad este movimiento, diciendo que, si no se sofoca pronto, traerá la caída del gobierno y se verán renovar los horrores de la guerra civil. Entre tanto el congreso, en vez de dar fuerza al gobierno para acabar con el horroroso desorden que reina en todo lo largo y lo ancho de esta tierra, se entretiene en disputas sobre varias teorías del llamado gobierno y principios ultra-liberales, mientras la parte respetable de la población queda entregada sin defensa, á los ataques de ladrones y asesinos que pululan en los caminos y en las calles de la capital. El gobierno constitucional no puede mantener su autoridad en los varios Estados de la federación, que de hecho se

»hacen perfectamente independientes; de manera que
 »las mismas que dividieron la confederación de la
 »América central, y que obran aquí, producirán, pro-
 »bablemente, el mismo resultado.

»La única esperanza de mejora que puedo ver, se
 »encuentra en el corto partido moderado, que puede
 »subir al mando antes de que todo se pierda, para sal-
 »var á su país de la ruina que le amenaza. Las faccio-
 »nes combatientes luchan para apoderarse del mando,
 »á fin de satisfacer su codicia ó su venganza: entre
 »tanto el país se hunde más y más cada día, mientras
 »la población se ha embrutecido y degradado hasta un
 »punto que causa horror el contemplar.

»Tal es el estado actual de los negocios: V. S. com-
 »prenderá que hay poca esperanza de obtener justicia
 »de semejante pueblo, excepto empleando la fuerza,
 »para exigir con ella lo que la persuasión ó las amena-
 »zas no han podido conseguir hasta ahora.»

El ministro inglés sufrió al hablar de la población de la república mejicana un error involuntario; pero error que debe desvanecerse porque en él incurren muchos viajeros que visitan aquel país. El error consiste en asegurar que, *la población se ha embrutecido y degradado por causa de las continuas guerras civiles, hasta un punto que causa horror el contemplar*. El amor á la verdad y el deseo justo de que el error no sea acogido por algún historiador que no conoce la sociedad mejicana, al verlo consignado en un documento oficial enviado por un ministro respetable, me imponen el deber sagrado de desvanecerlo. El ministro de la Gran Bretaña en Méjico,

al hablar de la población de Méjico confundió á la clase indígena y á una parte del pueblo bajo de las ciudades, con lo que constituye la verdadera sociedad mejicana. Los indios son en Méjico lo que en Europa los leñadores, carboneros, pastores y peones ínfimos en el trabajo de la labranza; gente, en todas partes, tosca y sin instrucción, y una parte del pueblo bajo, á cuyos individuos se les da el nombre de *léperos*, vienen á ser lo que los gitanos de otros países. Estas dos clases no deben, pues, tomarse por la población mejicana. La población mejicana la constituye esencialmente la clase media que es en Méjico altamente ilustrada, fina, deferente y atenta; la artesana que en ilustración se encuentra á la altura de la de Europa; la *ranchera*, ó labradora, robusta, honrada, digna y patriota, y la fina sociedad que cautiva con su esmerada educación, finas maneras, excelente trato, sincera franqueza y su afable familiaridad. La población mejicana, en medio de las convulsiones políticas en que se ha visto envuelta, ha seguido la marcha progresiva que los demás países, avanzando, como todas las naciones, en ilustración, en ciencias, en letras, en artes y en buen gusto. En la ciencia médica cuenta con hombres muy entendidos, y no puede envanecerse menos de hombres eminentes en derecho, en ciencias exactas y en literatura. Su escuela de medicina se halla á la altura de las de Europa; sus colegios de minas perfectamente atendidos; la Academia de bellas artes, ostentando los cuadros de excelentes pintores nacidos en el país, y el conservatorio de música con profesores de notable saber que cuentan con numerosos discípulos muy aventajados. Los esta-

blecimientos tipográficos de D. Ignacio Cumplido, don Vicente García Torres, Escalante, Lara, Díaz de León y de otros muchos cuyos nombres tengo el sentimiento de no recordar abundan en variados y riquísimos tipos, tienen prensas mecánicas de lo más selecto y en nada ceden á los de las capitales más cultas de otros países.

1861. Los que hayan tratado como he tenido yo
 Mayo. la dicha de tratar aquella sociedad, por muchos años, no podrán menos de hacer justicia á la ilustración y finura de la clase media y elevada, en cuyas tertulias familiares, abundan las señoritas que tocan el piano con perfección y cantan con expresión y maestría, sin hacer ostentación la más ligera de su habilidad, encantando no menos con su amena conversación, que con sus virtudes y afabilidad.

Estoy seguro de que si el ministro inglés Mr. Wyke hubiera permanecido más tiempo en Méjico y hubiese tratado á las familias mejicanas, habría rectificado su opinión respecto al atraso en que juzgaba á la población.

Por lo que hace relación al mal estado de la cosa pública, á la bancarrota del gobierno y al estado de ruina á que las revoluciones habían conducido al país, la pintura, por desgracia, era demasiado cierta. El ministro inglés, á pesar de ser protestante, se veía precisado á confesar que los bienes de la Iglesia se habían derrochado sin que al gobierno le hubieran producido bien ninguno, ni la clase necesitada hubiera mejorado de posición; que las providencias dictadas referentes al culto, habían herido los sentimientos religiosos de una población *fanática*; y que la guerra civil continuaría con todos sus horrores si no se sofocaba pronto

el movimiento hecho por los conservadores.

En los labios de un protestante, como era el ministro inglés, la palabra *fanático*, aplicada al pueblo mejicano, ya sabemos que significaba *católico*; y al decir que la población estaba herida por ese sentimiento, la esperanza de la paz, de la consolidación del gobierno sólo podía operarse por una disposición que tranquilizase las conciencias de la mayoría. Y sólo en el sentido de católico, pero de ninguna manera en su acepción genuina, podía el representante de Inglaterra aplicar la palabra *fanático* al partido conservador. Lejos de

1861. existir en la sociedad mejicana el fanatismo
 Mayo. en su riguroso significado, como equivocadamente se ha creído por los que no conocen á las personas de aquel país, encontraban los extranjeros en ella una tolerancia para sus creencias religiosas, cualesquiera que éstas fueran, que ciertamente no puede existir mayor en ninguna otra nación del mundo. A nadie se le llegó á molestar jamás en Méjico por los gobiernos conservadores, porque perteneciese á ninguna de las religiones contrarias al catolicismo. Los ingleses, los alemanes, los rusos, todos los individuos de los diversos países del globo, vivían sin que nadie les preguntase la religión que profesaban ni les molestase en lo más mínimo porque abriesen sus tiendas de comercio los domingos y los días festivos, como acontece en varios países en que á todos se obliga á cerrar sus establecimientos los domingos, sin que puedan alegar que se lo permite su religión. En Méjico había verdadera tolerancia, y únicamente se oponía la sociedad, en su inmensa mayoría, al establecimiento de la

libertad de cultos, porque juzgaba que era un mal introducir la división de opiniones en una sociedad en que todos los individuos participan de una misma que les une íntimamente, que les hace fuertes, manteniendo enlazadas á las diversas clases de la sociedad, conservando la armonía en las familias, y evitando las funestas discordias que pudieran brotar de la diversa manera de pensar en religión. El partido conservador temía además que del establecimiento de la libertad de cultos, brotase en la raza india, la más numerosa en el país, que habita en pueblos separados que se extienden por todo el territorio, el antagonismo contra la raza blanca y mestiza, tan luego como se apartase del catolicismo que la unía con las dos últimas, siguiendo la destructora guerra de castas que, aun sin ese motivo, se había presentado varias veces, y que, si no continuó en Yucatan en época anterior, fué precisamente, como el lector ha visto en otro capítulo de esta obra, debido á la mediación del clero católico, cuyos consejos escucharon los indios, reconciliándose con las autoridades del gobierno, por la unidad religiosa.

1861. No es más justo el nombre que algunos extranjeros han aplicado al partido conservador llamándole *clerical*. Es sí, católico, por las razones que dejo indicadas; por el deseo de que exista firme, indisoluble la unión en la gran familia mejicana; porque cree que la libertad de cultos no debe establecerse sino cuando efectuándose una inmensa inmigración, que sólo puede ser resultado de la paz, sea la inmigración numerosa la que la pida. No puede, pues, aplicársele, con propiedad la denominación *clerical*. El

clero está en él, es cierto, puesto que es católico; pero el clero, como dejo demostrado en su lugar correspondiente, no le ha sostenido ni con sus bienes, ni le ha dirigido con sus instrucciones ni planes. El partido conservador de Méjico es tan liberal en el sentido propio de la palabra, como lo es en Europa el partido que más amante pueda ser de verdadera libertad. Preciso es hacer este acto de justicia á los hombres de esa comunión política. En aquel país, todos los partidos son liberales; y solo difieren en algunos principios que unos han juzgado convenientes adoptar prontamente, mientras otros los han considerado aventurados para el bien del país. ^{ca}

En medio de las penurias en que se encontraba el gobierno de Don Benito Juarez por falta de recursos pecuniarios, le amenazaba una cuestión de la cual podían surgir grandes dificultades. Por un decreto se desconocían, como hemos visto en otra parte de esta historia, todos los contratos ó arreglos hechos con el gobierno conservador. Pues bien, entre esos contratos se hallaba el celebrado por Jecker con el gobierno de Miramon. Los individuos franceses que tenían depositadas algunas cantidades en la caja de ahorros, se presentaron el 10 de Mayo al ministro de Francia. en Méjico, Sr. Dubois de Saligni, quien les recibió y se impuso del asunto que llevaban. Mr. de Saligni, después, de haber oído al que llevaba la palabra en nombre de todos, les dió la más positiva seguridad de que sus créditos contra la casa de Jeker les serían satisfechos á la mayor brevedad. En apoyo de esta declaración, el conde de Saligni les hizo algunas confi-

dencias. «El gobierno francés,» les dijo, «ha dicho que quiere que todos los contratos celebrados con la administración mejicana en tiempo de la reacción, sean reconocidos y ejecutados, *el gobierno mejicano ha reconocido ya los bonos Jecker, y los derechos de éste serán respetados.*»

Los franceses salieron satisfechos de las palabras dichas por su ministro, y no dudaron de su eficacia. Sin embargo el decreto del gobierno de Juárez desconociendo todo lo practicado por el conservador existía, y era difícil que lo hiciese á un lado para atender á las reclamaciones del ministro de Francia. Cuando lleguen los hechos, veremos el resultado de esa delicada cuestión.

Entre tanto las fuerzas conservadoras iban aumentando su número diariamente.

El gobierno, gastados los millones producidos por los bienes del clero, se encontraba con el erario exhausto, y sin poder, en consecuencia, mover el número de tropas necesario para destruir á sus contrarios.

Los recursos pecuniarios se hacían, pues, indispensables si se había de hacer una campaña activa, y era preciso alcanzarlos en el menor tiempo posible.

El poder ejecutivo había hecho ver al legislativo la necesidad en que estaba de que se le facultase para hacerse de una suma con que pudiese enviar suficientes fuerzas que persiguiesen sin descanso á las conservadoras, hasta hacerlas desaparecer del todo, y la cámara de diputados, en sesión secreta celebrada el 31 de Mayo, autorizó al ejecutivo para conseguir un millón de duros, con el menor gravámen posible.

La prensa liberal que anhelaba la actividad en las ope-

raciones de la guerra, aplaudió la determinación del congreso, mientras la conservadora manifiestaba la prontitud con que habían desaparecido los bienes de la Iglesia, y el ministro de hacienda se puso á combinar la manera de propocionarse la cantidad referida para atender á los negocios urgentes del Estado.